



Abraham Lincoln

Forjador de unidad

NEIL HURLEY, S. J.
Escritor y economista del
Centro Bellarmino

de un sistema político continuar en violación práctica de la afirmación de que "todos los hombres han nacido iguales?" En otras palabras, ¿depende el valor del hombre principalmente de factores accidentales como el color, sexo, religión, clase social o posición política? ¿O será digno de respeto e igualdad por contener en sí mismo una chispa de nobleza trascendental? Por defender tales principios estalló la guerra civil en los Estados Unidos en 1861, por ellos luchó el Presidente Abraham Lincoln tan tenazmente, por esto mismo se encuentra tan agitada actualmente la humanidad

Un sinnúmero de políticos, estadistas, diplomáticos y líderes nacionales manifiestan una constante preocupación por estos ideales de igualdad y justicia. Se acrecienta velozmente el coro de los que entonan el himno de los derechos humanos. Cabe entonces preguntarnos: ¿Por qué sobresale la voz y la persona de Lincoln en este coro gigantesco? Porque en una profesión donde pululan soluciones meramente utópicas y compromisos ventajosos, él se consagró a un cambio factible e inmediato, sin pasar por alto el bienestar común. La seriedad de sus convicciones fue comprobada por la guerra de la Secesión, una de las más sangrientas jamás soportadas por la humanidad. El motivo precisamente de esta lucha era un principio vital, del que hoy día se preocupan todos: "Si la esclavitud tiene razón —escribía Lincoln en 1859— todos los pronunciamientos, los actos, las leyes y las constituciones en contra son falsas y, como tales, deberían borrarse y silenciarse. Si tiene razón, nadie puede tampoco objetar su extensión y universalidad". No pocos políticos tradicionalistas de entonces propusieron, en vista de la férrea voluntad de Lincoln, una tercera posición frente al problema de la esclavitud: un cambio gradual y lento. Al respecto, él les respondió con estas palabras en su discurso de Cooper Union en 1859: "No nos distraigamos con ninguno de esos subterfugios sofisticados con que por todos lados se nos rodea tesoneramente, subterfugios tales como andar a tientas en busca de una posición intermedia entre lo verdadero y lo falso".

Rara vez nos presentan las páginas de la historia un personaje político que, por haber encarnado valores trascendentes, merezca ser honrado por la humanidad entera y no sólo por su país natal. Quizá sea la razón de ello el que los estadistas suelen identificarse tan estrechamente con los intereses inmediatos de su propio país que su visión de los problemas resulta más nacionalista que universal. A pesar de todo, existen políticos tales como Edmund Burke en el siglo XVIII, Abraham Lincoln en el XIX y Gandhi en el siglo actual, que lograron superar este escollo. Mientras Burke enriqueció la política con ideas brillantes y Gandhi con su pasión ascética, Lincoln aportó una desbordante caridad. Aunque los tres pueden alumbrar nuestros problemas políticos actuales, Lincoln nos parece más oportuno que nadie en la encrucijada en que el mundo se debate.

El dilema de Lincoln

Cien años atrás, con motivo de la dedicación del cementerio de Gettysburg, Lincoln expresó en 272 palabras el dilema que pesaba entonces sobre los Estados Unidos y que sigue pesando también sobre nuestro mundo contemporáneo, incluso América Latina. ¿Pue-

El escándalo de la esclavitud

Al asumir el cargo presidencial, Lincoln se opuso cerradamente al escándalo de la esclavitud humana. ¿Cómo arrancar esta cizaña, tan hondamente arraiga-

da en el jardín de la libertad? La toma de conciencia ante semejante paradoja la formuló de la manera siguiente "¿Podemos como nación seguir viviendo juntos, mitad libres, mitad esclavos?" Evocó al respecto las palabras de la Escritura Sagrada "Todo reino dividido no puede subsistir" Por esta razón estaba convencido de que los Estados Unidos dejarían de estar divididos, transformándose a la larga, en una nación con o sin la esclavitud legal Era claro para él que todo compromiso, a pesar de las ventajas que pudiera involucrar, sería fatal para la unidad, pues su obligación como Presidente consistía precisamente en salvaguardar esa unión y mantener vivo el instinto popular Fue la voluntad del pueblo, expresada en la Declaración de la Independencia y la Constitución, la que inspiró su discurso inaugural de 1861 "¿Por qué no habríamos de confiar pacientemente en la justicia radical del pueblo, no habiendo en el mundo una esperanza igual ni mejor?" Todos sus pronunciamientos oficiales resuenan como el trueno del oleaje en el arrecife "Que en todas partes tenga cada hombre la misma oportunidad"

Trama divina de la historia

Además de la tradición democrática y de la voluntad popular, otro motivo por el cual Lincoln vivía tan obsesionado por la justicia, era su creencia inflexible en la Providencia Divina Pese a que nunca fue bautizado ni perteneció a ninguna Iglesia, introdujo una actitud religiosa en la vida de un pueblo, por lo que ha sido comparado a profetas tales como Abraham y Moisés Poseía la convicción más segura de que la esclavitud (el dominio de un hombre por otro), aparecía como una execrable abominación a los ojos de Dios

Antes de hacerse cargo de la Presidencia, Lincoln pulsó la tecla del futuro "Sin aquel Ente divino que siempre asistía a Jorge Washington, yo tampoco puedo tener éxito Pero con El no podré fracasar Confío en Aquel que me acompaña y permanece con vosotros y además hace el bien en todas partes" En 1863, con ocasión del día de Acción de Gracias, recordó al pueblo estadounidense "que no sólo se debían gracias a Dios sino también reparación, penitencia y humildad por la perversión y desobediencia de la nación" En sus breves palabras en Gettysburg opinando sobre el motivo de la guerra, agregó "porque Dios está airado con nosotros a causa de nuestros pecados" Aunque áspera, esta advertencia continuó en un tono más suave y alentador, recordando que Dios es Dios de misericordia dispuesto siempre a perdonar

Todos los discursos de Lincoln traslucen su fe en una mano directiva de la historia, su esperanza de que el país no podrá disfrutar de un verdadero renacimiento de la libertad y de la paz, sino "bajo Dios", al amparo de sus divinos designios, pues la esclavitud constituía una grave ofensa para Dios En su segundo discurso inaugural expresa claramente su creencia de que no existe una historia puramente profana

"Cariñosamente esperamos —y fervorosamente imploramos— que este látigo tremendo de la guerra, termine rápidamente. No obstante, si Dios quiere que siga hasta agotar todo el caudal amon-

tonado por el trabajo impago de dos siglos y medio, hasta que cada gota de sangre vertida por el verdugo sea indemnizada por otra derramada por la espada, entonces hay que repetir lo que se decía hace tres mil años "Los juicios del Señor son verdaderos y rectos"

A pesar de su dependencia de la Providencia, rayana en visión mística, Lincoln nunca sucumbió a la tentación abrumadora de creer en la justicia de todo lo que él y sus simpatizantes representaban ¡Qué inflexible su actitud frente al problema de los negros! ¡Cuán inmensa su caridad frente a los amos de los esclavos y los partidarios de la esclavitud! No era de los que piensan que Dios siempre deba estar de su parte, sino creía que era necesario buscar el sendero angosto de la justicia defendiéndose honradamente contra la posibilidad real de equivocarse No se recuerda en los anales de la política una caridad más tierna ni más paternal que la que compenetraba su trato con aquellos que estaban en desacuerdo con él Así por ejemplo, en la peroración de su primer discurso inaugural conmovió a sus compatriotas diciendo "Termino de mala gana No somos enemigos, sino amigos No debemos ser enemigos Aunque torcidos por la pasión, los lazos de la amistad no deben romperse Los místicos acordes del recuerdo tendidos desde los campos de batalla y desde las sepulturas de los caídos hasta el corazón palpitante y el hogar de cada habitante de este ancho país, harán vibrar el coro de ambos pueblos (los del Norte y los del Sur), pulsando los mejores sentimientos de nuestra naturaleza" Moderando su justicia con su simpatía para con sus adversarios del Sur, Lincoln agregó después "Yo no tengo ningún prejuicio contra el pueblo del Sur Son ellos exactamente lo que seríamos nosotros si estuviéramos en su lugar Si la esclavitud no existiera entre ellos, no la introducirían Si, en cambio, existiera entre nosotros, no estaríamos tan fácilmente dispuestos a aniquilarla". Convencido de que la única diferencia entre uno y otro bando fue meramente circunstancial, Lincoln buscó todos los recursos posibles para terminar las hostilidades, sin pensar jamás en comprometer el indispensable principio de una verdadera unidad la igualdad de todos los hombres

Riqueza de su personalidad

La justicia, su creencia en la acción de la Providencia en la compleja trama de la historia y su indefectible caridad son los rasgos que hicieron sobresalir a Lincoln entre muchos prominentes estadistas, hasta hacerlo merecer un sitio reservado a muy pocos Cualidades aparentemente contradictorias se entrelazaron en su carácter tan equilibrado como enigmático. Logró fundir lo práctico con lo contemplativo, lo temporal con lo eterno ¿Cómo sintetizar la presencia de tantas y tan opuestas características en una misma persona? Será necesario recurrir a la Sagrada Escritura para apreciar la riqueza paradójica con que estaba forjada su rara personalidad Recorriendo la Biblia, el lector perspicaz topa constantemente con la doble verdad de que el hombre es al mismo tiempo creatura y creador. Como creador puede rebalsar sus propios límites hasta

alcanzar niveles cada vez más altos. Como creatura, en cambio, en este empeño por desarrollar sus múltiples potencialidades, queda expuesto al peligro del orgullo y del olvido de su finitud. Las Escrituras nos muestran repetidas veces las ambiciones de hombres santos, fuertes y sabios, como David, Sansón y Salomón. Los fracasos de muchos, hasta de los más promisorios —Judas, Pedro, Pablo— son, en el fondo, la respuesta divina ante la soberbia del hombre.

Auténtico sentido del hombre

De la atenta reflexión de estos pasajes bíblicos extrajo ese auténtico sentido del hombre que Lincoln poseía, su ser noble y libre, no impulsado por la fatalidad de un destino ciego, como simple figura de la tragedia griega, incapaz de descubrir su culpabilidad o su flaqueza primordial. Es el hombre un ser prendido entre los límites del espacio y del tiempo, enrielado en el proceso histórico con posibilidades ilimitadas. Habida cuenta de su habilidad y de su capacidad creativa, Lincoln se propuso transformar una situación histórica lamentable sin caer en tentaciones demagógicas.

Lo que lo distingue de la mayoría de los políticos fue precisamente aquel don por el cual intuía claramente la falibilidad de la raza humana, a pesar de las circunstancias contingentes y puramente temporales. Aunque sumergido en la complejidad de una situación turbia, gozaba de un sexto sentido, llegando serenamente a decisiones prácticas con el desinterés de un observador imparcial. En fin, el horizonte que servía de telón de fondo a sus apreciaciones era tan amplio como el de las Sagradas Escrituras. De ahí provinieron esas cualidades aparentemente contradictorias: su visión perfecta de la grandeza y de la miseria del hombre. Procurando discernir fielmente el fino hilo de la voluntad de Dios, Abraham Lincoln percibió la solidaridad de aquella humanidad que condenaba despiadadamente cualquier atentado contra la igualdad de todos los hombres. Heredero de una situación histórica inhumana, no la atribuía a generaciones anteriores ni tampoco a quienes entonces defendían la esclavitud. Por el contrario, se identificó con todo el pueblo en la culpabilidad, aguijoneándolo a reparar este delito nacional.

Lincoln no quiso ni fomentó la guerra civil. Aceptó valientemente el sacrificio de haber sido la ocasión próxima de esta catástrofe. Se ha comentado que jamás antes en la historia hubo una guerra por motivos más desinteresados y humanos. No obstante, el único consuelo que le quedó como jefe del país donde se produjo este baño de sangre fraternal, fue su creencia de que aquello era la voluntad manifiesta de la Providencia. De esta dependencia absoluta de Dios emanaba esa mezcla de justicia y caridad, inflexibilidad de principios junto a un espíritu eminentemente conciliador, de su energía humana desbordante con una invencible fe en el Todopoderoso.

Desató el nudo gordiano de las responsabilidades personales no a ciegas ni forzado por condiciones ambientales, sino con dignidad y libertad. Muy cristiana fue su actitud política frente a la esclavitud de los negros como algo verdaderamente intolerable y no pro-

ducto de un fatalismo inexplicable y, por otra parte, suficientemente clara para la conciencia de los que estaban implicados en esta situación conmovedora. Orientada su vida por ideales situados más allá de lo natural y lo visible, Lincoln podía gozar de un punto de referencia en que la libertad humana aparecía a sus ojos no como algo trágico, fatalista o ilusorio, sino como algo responsable y susceptible de reformas beneficiosas.

Igualdad de oportunidades para todos

Al pretender bosquejar la persona de Lincoln, cabe preguntarnos: ¿qué lecciones encierra su vida, su carácter, su política? Ante todo, mientras más se estudia su persona y su filosofía, más se desentraman las pretensiones ambiciosas y la disfrazada vanidad con que se empequeñecen hasta las más nobles causas. No se requiere realmente mucha imaginación para ver que la esclavitud no cabe lógicamente en un país manifiestamente democrático. En nuestro siglo, de indudable raigambre democrática, se oyen por doquier estentóreas voces en defensa de la libertad, de la igualdad y de la justicia. Los que viven detrás de la cortina de hierro, mezclan sus voces con las de los pueblos occidentales para proclamar los derechos humanos fundamentales. Pero no podríamos decir lo mismo de la mayoría de los gobernantes que actualmente ocupan un puesto de la categoría de Lincoln, por la sencilla razón de que carecen de su clarividencia, de horizontes trascendentes y de su confianza en la mano directiva de la Providencia. Con muy pocas excepciones, tales personajes definen como enemigos de los derechos humanos a todos aquellos que no comparten sus opiniones. Uno busca en vano en sus hechos y dichos un respeto humilde y sincero para quienes estén en desacuerdo con sus propias convicciones.

Actualmente la revolución desencadenada por Lincoln en pro de la "igualdad de oportunidades para todos", la está promoviendo no sólo su país nativo sino también América Latina y el mundo entero. Tal revolución ocasiona, desde luego, muchas fricciones y no poca incompreensión dentro del mismo continente, del mismo país, de la misma religión, dentro del mismo partido político y hasta en el seno de una misma familia. Aunque es natural se produzcan desacuerdos y sentimientos apasionados cuando se trata de la apremiante cuestión de los derechos humanos, no obstante, comparado con el ejemplo de Lincoln, la mayoría abrumadora de nosotros nos avergonzaríamos de nuestra intolerancia y presunción en nuestra visión de la verdad. Por eso la figura de este singular estadista proyecta su sombra sobre nuestro siglo, delatando nuestras soluciones retóricas y antojadizas. ¿Quién puede escudriñar el corazón de otro ser humano, cuando el mismo hombre es incapaz de descifrar sus propios motivos? Por esta razón Lincoln jamás se atrevió a erigirse en juez de conciencias ajenas. Hizo en cambio mucho hincapié en la distinción entre lo debido e indebido a cada individuo, negándose rotundamente a juzgar con dureza a quienes contradijeran su concepto del derecho. La esclavitud era una tragedia social en la cual todos los ciudadanos estadounidenses estaban igual-

mente implicados, tal como en la actualidad nadie puede eludir la responsabilidad que le cabe frente a las condiciones subhumanas en que vive gran parte de la población mundial. Es evidente entonces que en ninguna otra parte podría ser más provechoso el ejemplo de Lincoln, que en nuestra América Latina en donde la lucha por "la igualdad de oportunidades" se encuentra en pleno auge.

La justicia está de nuestra parte. Cabe entonces preguntarnos humildemente si las correspondientes virtudes de la caridad y fe en la Providencia las tenemos tan profundamente arraigadas como este gran Presidente. Hace un siglo era relativamente fácil ser anti-esclavista, como es hoy día ser anti-liberal, anti-conservador, anti-sindicalista, anti-yanqui, anti-comunista, anti-imperialista etc. Todo lo cual está al alcance de cualquier adolescente que todavía no ha salido de la crisálida de su egoísmo, es decir, de aquella arrogancia por la que culpamos a la oposición de todos los males. La falsa inocencia insinuada en tales actitudes de mala fe impide la estimulante colaboración que exige la crisis actual, desfigura la visión lincolniana y traiciona el mensaje bíblico de fraternidad universal.

Nadie puede invocar el juicio divino para sostener sus ambiciones y sus ideas, pues todos nosotros nos sentimos igualmente culpables ante su justicia por los crímenes contra su Providencia y contra el hombre, imagen de su sabiduría y amor. Los designios divinos sobrepujan naturalmente nuestra débil capacidad para captarlos y resisten adaptarse a nuestras aspiraciones privadas o conveniencias particulares.

Enfocado así su desafío de "justicia e igualdad para todos", Lincoln no parece ser el guía ideal que hemos acostumbrado a imaginar. Muy pocos son los que quieren responder a su llamado a engrosar las filas de los arrepentidos que golpean su pecho contrito por las ofensas de la humanidad entera y que prefieren rezar en vez de perjurar, buscar medios para unir más que para dividir la fraternidad de los hombres. Lincoln es popular y su persona se ha tornado en leyenda. Pero si viviese en la intrincada agitación de nuestra época sólo sería popular para una menguada fracción de los 3 mil 200 millones de personas que pueblan nuestro globo. Era demasiado adicto a los principios como para dejarse guiar por el ímpetu de las pasiones, siempre dispuesto a perdonar y comprender, solícito admirador de la Providencia inescrutable, su fina perspicacia le permitía tomar en cuenta la ambigüedad latente en todas las empresas humanas. ¿Fue un gran hombre? Sí, lo fue. ¿Un ejemplo digno para nuestra época? Cabría dudar de esto al considerar su abultada confianza en sí mismo y esa falta de tolerancia que a menudo echa a perder las causas más sublimes. Lincoln sin embargo hace astillas nuestras presunciones superficiales y nuestros juicios inconscientes, forzándonos a salir de los estrechos callejones en que se encasillan nuestras mentes. Si bien es cierto que los fariseos, maquiavelistas y oportunistas repletan las páginas de la historia, rara vez en cambio se lee de alguno que,

como Lincoln, haya sido fecunda y perenne fuente de inspiración para nuestras potencialidades humanas.

Si América Latina y todo el mundo libre quieren realmente mantener en alto la bandera de la igualdad y de la justicia, no podrían adoptar ningún lema más concorde con la mejor tradición del espíritu humano que el saldo del segundo discurso inaugural de Lincoln. Seis semanas antes de su asesinato, dejó a la posteridad su postrer mensaje, mensaje sin paralelo en el lenguaje puramente humano, no inspirado directamente por Dios. Sabiendo que ambos bandos en la guerra civil leían la misma Biblia e imploraban al mismo Dios, se despidió con estas palabras:

"Sin malicia para nadie, con caridad para todos, con firmeza en el derecho —según nos permite Dios entrever el derecho— esforcémosnos por terminar el trabajo en que estamos empeñados".

Visión del futuro

Lincoln tiene todavía un mensaje conmovedor que comunicar a nuestro siglo y a los hombres de mañana. Aunque cronológicamente todos somos sucesores suyos, sin embargo, su visión clarividente del mundo y de los hombres lo sitúan en un punto más avanzado y moderno que nosotros. Los ideales nobles, heroicos e inspiradores ya no son una quimera desde el momento en que se encarnaron en la persona de Lincoln. La voz de estos mismos ideales debiera agujonearnos en la actual encrucijada en que nos debatimos. ¿Cuál será nuestra respuesta?

Una visión de justicia universal se está desplegando ante nuestros propios ojos. Gracias al continuo progreso científico, cultural y espiritual, la posibilidad de una nivelación de las condiciones socio-económicas de los hombres está cada día más cerca. El deseo ardiente de Abraham Lincoln de una hermandad nacional, se ha convertido en nuestra época en una ferviente aspiración universal. Al crecer la tasa de población en América Latina y en el mundo entero, la meta de una fraternidad unida y dirigida por la Providencia se va volviendo cada vez más intensamente imperiosa. Para realizar esta fraternidad se requieren líderes de una estatura moral superior, cuya autoridad e influjo no se vea menoscabada por la mezquindad de intereses particulares. Creemos que la historia nos ofrece en la persona de Abraham Lincoln un ejemplo singular de semejante talla. Nacido en circunstancias ordinarias, destacado por su doble lealtad para con la humanidad y la Providencia, fue un estadista que rodeó su cargo temporal con un nimbo de caridad, un profeta político que, reconociendo la culpabilidad que pudiera haberle, llamó a contrición a la sociedad en que vivía, finalmente, un orador extraordinario que grababa en la memoria de sus auditores la agradable armonía de su convicción bíblica de que no podría llevarse a cabo un verdadero renacimiento de la libertad sino "bajo Dios", a fin de que "el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, no pereciera en la tierra".